

ELOGIO DESMEDIDO DE HANS MAGNUS ENZENSBERGER

¿Se figuran ustedes a un espía alemán, pero no al clásico espía alemán, calvo el hijoputa, y gordito, sino a un hombre alto, rubio, delgado, de piel muy blanca, con educada sonrisa entre de abuelita y de cura postconciliar, atento con las señoras, señoritas y no tan señoritas, que habla perfectamente seis o siete idiomas, y que se interesa por los procesos revolucionarios, los cambios sociales, los personajes míticos de las guerras y guerrillas y además por todo tipo de expresión literaria de vanguardia? Así es Hans Magnus Enzensberger.

En dos de las varias ocasiones en que me he tropezado con él andaba preparando algún escrito, grabación o filmación de un tema que le apasionaba: en Cuba, su El interrogatorio de La Habana, sobre materiales, cintas y comentarios de acusados, acusadores y testigos del juicio a los prisioneros de Playa Girón, el gran fiasco anticastrista de Bahía Cochinos; en Barcelona y en París, persiguiendo a gentes que conocieron a Durruti, tanto en su actividad de revolucionario anarquista como en su vida privada, y sobre todo en sus últimos tiempos, como militar al mando de una columna, con Cuartel General incluido y toda la cuestión. Y las dos veces le acompañé en sus pesquisas. En Cuba, viajando por la isla, deteniéndonos en la Ciénaga de Zapata, requiriendo papeles y documentos a Carlos Franqui, que tenía acceso a los archivos de la Revolución en manos de Celia Sánchez. En Barcelona, buscando, con Angel Montoto, la tumba de Durruti en el cementerio de Montjuich y conversando con Ramón López, último testigo ocular vivo de la muerte de Durruti, e intercediendo más tarde con previsible poco éxito para que las autoridades del entonces Ministerio de Información y Turismo le devolvieran al equipo filmador que dirigía Hans los rollos de película, filmados en Barcelona



y en la que fué zona del Frente de Aragón, rollos que, por el chivatazo de un cura de pueblo, había decomisado la Benemérita Guardia Civil, sin saber muy bien el motivo, pero por si acaso, pues con esos extranjeros nunca se sabe.

Enzensberger es un entusiasta de las utopías revolucionarias. Sabe muy bien que, hasta la fecha, no existen revoluciones ni guerras de liberación nacional que, caso de resultar triunfantes, consigan conservar la espontaneidad, inmediatez y frescura de sus inicios. Pero este pérfido alemán detiene la proyección de las guerras y revueltas en sus momentos de esplendor y se queda fascinado ante la pantalla, preguntándose porqué luego todo se estropeó, se burocratizó, se esclerotizó, con la secreta esperanza de encontrar el antídoto, la medicina del brujo, el agua de la fuente de la juventud eterna.

Considerado uno de los mejores poetas y ensayistas de la Alemania contemporánea, este bávaro de cincuenta años que mira la vida con ojos de niño envejecido, da la impresión de comprender todo lo que ocurre en el mundo, menos algunos de los resortes de los cambios. Con una óptica claramente marxista, está siempre junto a las revoluciones pero no junto al poder, y por este motivo le llaman anarquizante. Pero el verano de su anarquía también es corto, y hay que seguir.

Hace ya más de un año que no sé nada de él. Voy a escribirle a Bernstrasse 22, Berlin Oeste. Lo mismo me propone ir a Camboya. O al Irán. Aunque sospecho que una revolución islámica manejada por líderes religiosos no es lo suyo. O quizás sí: los veranos son cada vez más cortos.